

### *El sentido no tan común*

Algunos recordarán el cuento del tipo que quiso mostrar por medios estadísticos que tirarse desde lo alto no es fatal. Nuestro amigo subió a la azotea del *Empire State* en Nueva York, se tiró de cabeza, y a medida que caía, decía: “Voy por el piso 100 y no ha pasado nada; todo va bien. Voy por el piso 80 y no ha pasado nada; todo va bien”. Y así sucesivamente, acumulando cada vez más pruebas de su tesis, y cuando estaba a escasos milímetros del suelo, con un cúmulo de pruebas irrefutables, ¡cataplán! Dio con la cabeza en el piso, y se murió.

Así funciona el sentido común. Todo el mundo sabe que es mejor comprar las cosas baratas que caras, y como la globalización abarata las cosas, entonces la globalización es buena, ¿verdad?

Bueno, la verdad es que no, y si sigues pensando así, nos va a llevar el diablo. Seamos francos, ni el FMI, ni nuestros gobiernos corruptos, ni ninguno de los villanos de costumbre pudieron habernos llevado al mal trance en el que hemos venido a dar en los últimos 35 años, si no hubieran contado con la complicidad o, al menos, con la complacencia nuestra. La próxima vez que estés tentado a decir, “esa gente (léase FMI, George Bush, tus vecinos, etc.) tiene la culpa”, recuerda el dicho: “La gente eres tú”.

En este número publicamos un conjunto de artículos por Lyndon LaRouche, Jonathan Tennbaum y Vladimir Vernadsky en **Estudios estratégicos**. Éstos contienen conceptos esenciales para organizar una salida a la crisis. Casi siempre publicamos material de esa clase, pero tú no los lees; dices, “yo no necesito saber eso”. O si lo lees, te saltas la parte “difícil”, lo científico. Esta vez no lo hagas, híncale el diente, porque hemos llegado a la condición límite, y salvar la situación requerirá que el máximo de individuos entienda cómo dirigir el proceso físico-económico, que tú entiendas cómo un principio físico universal define un campo, el cual define el potencial del marco en el cual ocurre la producción.

Si entiendes eso, entenderás por qué la globalización no sólo es mala o un equívoco; es perversa; es la destrucción adrede de las economías, del Estado nacional, de la civilización misma.

“Oye, un momento”, dirás. “Si trasladamos la producción de los EU a China o a México, ¿no estamos empleando a más gente? ¿No estamos llevando tecnología avanzada a un país menos desarrollado?”

Como LaRouche plantea en un ensayo. “La ciencia: El poder de prosperar”: “La transferencia de la producción de una nación con una infraestructura de desarrollo avanzado, a una nación de gente relativamente pobre con un desarrollo pobre de su infraestructura en general, tiende a producir un desplome de la economía física de todo el planeta. Se le ha hecho caso omiso a la función del campo que representa la infraestructura económica básica, lo que tiende en última instancia a producir resultados fatales para todas las partes involucradas”. Eso es lo que ha pasado en los últimos 35 años: la producción neta mundial se ha venido abajo.

Hay que pensar en términos del desarrollo en dos generaciones: ésta se sacrifica para lograr el desarrollo necesario de la infraestructura, y la próxima aprovecha esa infraestructura para desarrollar la industria y la agricultura. Pero lo contrario no funciona; la pobreza de China e India es tal, que requieren un enorme desarrollo de su infraestructura, y para ello necesitan el potencial de los Estados Unidos, Europa y Japón, quienes a su vez necesitan esos mercados.

A medida que la crisis empeora, más capaz es la gente de entender esos conceptos. De allí el temor de la oligarquía financiera y de sus portavoces, tales como el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, que en últimas fechas se ha dado a la tarea de atacar por nombre a Lyndon LaRouche y a su esposa Helga Zepp, por poner de nuevo sobre el tapete el plan de recuperación de Franklin Roosevelt, plan que el diario tilda de “fascista” en sus ediciones del 20 y el 22 de abril, y el cual se basa en los mismos principios de lo que podríamos llamar el *dominio LaRouche-Vernadsky*.

No importa qué tan diestra sea tu fuerza laboral, no puedes desarrollarte sin infraestructura, la que con la globalización ha cedido el paso a la mano de obra barata. Ésa es la mentalidad que tenemos que cambiar, y pensar de forma congruente con la idea de que el hombre está hecho a imagen del Creador.